

**La incidencia del Capital Social en las dinámicas de**  
**Exclusión/Inclusión: la visión de los profesionales del Trabajo Social**

**Eva Rubio Guzmán**

**Universidad Pontificia Comillas**

**Resumen**

El capital social es un concepto de amplio uso en las ciencias sociales, que hace referencia a las relaciones con otras personas de las que pueden surgir beneficios y oportunidades. Dicho concepto es importante para comprender los procesos de exclusión social, ya que la escasez o ausencia de capital social potencia las dinámicas de exclusión social. Esta vinculación implica que el capital social deba ser tenido en consideración en el diseño de políticas y programas de lucha contra la pobreza. Desde el ámbito del Trabajo Social, la intervención en redes ha sido una constante desde sus inicios, tratando de recuperar los procesos vitales de las personas mediante el estímulo de sus relaciones familiares y sociales. Una amplia muestra de trabajadores sociales confirma la importancia del capital social en la intervención social y en construir nuevos esquemas de inclusión.

**Palabras Clave:**

Capital social, intervención social, exclusión social, inclusión social, trabajo social.

**1. Introducción**

El capital social no es un concepto nuevo aunque ha sido a partir de la década de los noventa del siglo XX, cuando ha tomado un mayor desarrollo, convirtiéndose en la actualidad en uno de los conceptos más utilizados, discutidos y contestados en las ciencias sociales.

Todas las sociedades del mundo cuentan con la materia prima para construir el capital social, manifestada en la habilidad para trabajar en equipo, en la ayuda mutua y en la capacidad para crear organizaciones que luchen por conseguir beneficios comunes a las personas y grupos sociales implicados. Las personas hacen un uso cotidiano del capital social desarrollando estrategias que les permiten satisfacer sus necesidades económicas, sociales y afectivas.

En la actualidad, la crisis económica plantea constantes ajuste en los Estados de Bienestar, lanzando una mirada al capital social y relacional, manifestado en las redes informales de apoyo mutuo, asociaciones y voluntariado, como una alternativa en la provisión del bienestar social. En este sentido, el capital social nos sugiere a los profesionales del Trabajo Social una interesante perspectiva para comprender los procesos de exclusión social, y diseñar estrategias de inclusión social que partan del trabajo con las redes sociales y establezcan dinámicas de apoyo social.

## **2. Capital Social y Exclusión social.**

### **2.1 Aproximándonos al Capital Social**

El capital social es un concepto de uso cada vez más frecuente pues puede ser entendido sin aparente dificultad como el valor de las redes sociales (Putnam, 2002, p.14), o también como “las relaciones con otras personas de las que se pueden obtener

oportunidades” (Burt, 1992, p.9). Aunque también presenta análisis más sofisticados, especialmente desde perspectivas económicas, que lo consideran como uno de los elementos explicativos del crecimiento económico de los países desarrollados. (Pérez García, 2005).

Aunque este término ha sido analizado y definido por distintos autores e instituciones (como la OCDE y el Banco Mundial), nos acercaremos a él de la mano de James Coleman, Pierre Bourdieu y Robert Putnam, considerados los teóricos más relevantes en el estudio y análisis de este término.

*James Coleman* (1988) habla de capital social para referirse a todas las situaciones en las que la gente coopera para lograr determinados objetivos comunes, en grupos y organizaciones, apoyándose en un conjunto de normas y valores informales compartidos. Señala tres características definitorias del capital social: es un recurso individual que facilita las acciones; es productivo; y es un aspecto de la estructura social (Coleman, 1990) Entiende el capital social como un componente fundamental, tanto para el desarrollo económico como para la estabilidad de la democracia liberal (Fukuyama, 2003).

*Pierre Bourdieu* (2001, p.83) por su parte, define el capital social como “la pertenencia a un grupo en tanto en cuanto que conjunto de agentes que poseen no sólo propiedades comunes (capaces de ser percibidas por el observador, por los demás o por ellos mismos) sino que están también unidos por vínculos que pueden movilizar efectivamente, así como del volumen del capital (económico, cultural o simbólico) que cada uno de aquellos a los que está vinculado posee en propiedad”. Por tanto, el volumen de capital social que tienen las personas es directamente proporcional a la

cantidad de vínculos que puede movilizar y al capital (económico, cultural o simbólico) de cada uno de esos vínculos.

*Robert Putnam* (2002, p.19) describe el capital social como las conexiones entre individuos, redes sociales y las normas de reciprocidad y confianza que surgen entre ellos. Por tanto se define como la existencia de expectativas mutuas de cooperación entre los habitantes de una comunidad o región, apoyadas en redes institucionales que cristalizan en pautas de cooperación continuadas.

Es importante señalar que el capital social aporta a los individuos y los grupos que lo poseen una enorme potencialidad, de la que carece el individuo aislado. (Flores y Rello, 2003), puesto que permite a las personas de aprovechar las redes sociales existentes, participar en ellas, obteniendo mayores beneficios de los que lograrían actuando individualmente y sin el apoyo de dichas redes. La existencia de relaciones de confianza y solidaridad cristalizadas en diferentes instituciones locales, es una fuente de capital social sin la cual, los individuos no podrían apoyarse en relaciones con otras personas y realizar tareas u obtener ciertos beneficios.

El capital social se origina en los sentimientos de solidaridad hacia otras personas (Robison, Siles y Schmid, 2003). Su incremento fomenta la cooperación, favorece el intercambio y el acceso a los recursos en condiciones más ventajosas, reduce el individualismo y aumenta las inversiones en bienes públicos. El capital social conduce a la creación y el apoyo de instituciones formales y no formales, favoreciendo a las personas y grupos que conecta frente a los que se encuentran fuera de de esta red.

Existe un común acuerdo en la definición de los componentes del capital social, distinguiendo los sentimientos de confianza, la reciprocidad y las redes. Los sentimientos de confianza son el resultado de interacciones con otras personas, que

demuestran en la experiencia acumulada que responderán con el “quid pro quo” a un acto de generosidad, alimentando un vínculo que combina la aceptación del riesgo con un sentimiento de afecto. La confianza da estabilidad a los vínculos porque permite calcular el comportamiento de los otros. (Durston, 2003). La reciprocidad generalizada va íntimamente unida a la confianza (Putnam, 1993a), pudiendo ser específica o difusa, esto es, de intercambio equivalente e inmediato o de beneficios mutuos equiparables a largo plazo. Por último, las redes de compromiso cívico, ofrecen posibilidades de contacto más o menos frecuente lo que incrementa la información sobre la confiabilidad de los otros y generan normas que favorecen la cooperación. La interrelación e interdependencia de estos tres componentes son la clave para entender cómo se produce y se reproduce el capital social. La confianza en que no se traicionará la confianza es lo que promueve la norma de la reciprocidad generalizada, y ésta estimula la participación cooperativa en redes sociales (Noya, Rodríguez Caamaño y Romero, 2008).

Asimismo, en esta primera parte de la exposición, consideramos interesante acercarnos a la tipología de capital social aportada por Robison, Siles y Schmid (2003) y combinada con la visión de Woolcock y Narayan (2000) que distingue entre capital social de unión (*bonding social capital*), de vinculación (*linking social capital*) y de aproximación (*bridging social capital*).

El *capital social de unión* se refiere a los lazos más íntimos y próximos, de familia, de amistad e incluso de comunidad. Suele apoyarse en puntos de coincidencia heredados o creados como resultado de compromisos para toda la vida y un contacto personal frecuente. Se caracteriza por sentimientos intensos de conexión, que incluyen sentimientos de preocupación, afecto e interés por el otro. Este tipo de capital social incorpora conexiones con pocas personas que viven muy cerca (Bebbington, 2005).

El *capital social de vinculación o puente* se da entre personas y grupos similares que establecen relaciones sociales medianamente estrechas, basadas en puntos de coincidencia adquiridos, derivadas de compromisos a medio plazo, como las que pueden existir entre colegas, compañeros de trabajo y los miembros de un mismo club o comunidad.

El *capital social de aproximación o escalera* remite a nexos que crean relaciones entre grupos y personas de distinta identidad y grados de poder sociopolítico (Bebbington, 2005). Existe en las relaciones asimétricas entre personas que tienen pocos puntos de coincidencia, un contacto personal limitado y a menudo diferencias importantes en cuanto a los recursos que poseen, como las que pueden darse entre un empleador y un empleado o entre un profesor y un estudiante.

Cada uno de estos tres tipos de capital social puede facilitar el acceso a otros activos y a la satisfacción de ciertos objetivos de vida. El capital social de unión puede facilitar el acceso a los recursos en la localidad y probablemente de una manera más rápida. Es el tipo de capital social que más sentido de pertenencia ofrece, sin embargo es el que más compromisos y demandas de reciprocidad exige. Los otros dos tipos de capital social son más inseguros en cuanto a las expectativas de reciprocidad y el respeto del compromiso de la relación, lo que incrementa su fragilidad, aunque permiten el acceso a recursos que el capital de unión no puede ofrecer.

## **2.2. El Capital Social en la Lucha contra la Pobreza y la Exclusión social.**

Hoy en día existe una seria preocupación por el fenómeno de la exclusión social, por la erosión que supone de los valores defendidos por nuestro Estado de Derecho y por su extensión alarmante a las capas centrales de la sociedad. La exclusión social supone la

emergencia de una sociedad dual donde unos disfrutan de los beneficios y oportunidades sociales y otros se fuera de ellos.

García Roca (1995) al hablar de las personas excluidas se refiere a aquellos individuos amenazados por la escasez de recursos, la inestabilidad de sus redes y la precariedad vital. Señala tres tipos de rupturas generadoras de los procesos de exclusión social: económica, social y vital. La dimensión económica hace referencia a los elementos macroestructurales de la sociedad en la que vivimos, y se caracteriza por el desempleo, la desigualdad social y las contradicciones de la protección social. La dimensión social es una dimensión microsociedad caracterizada por la fragilidad y la ruptura de los vínculos sociales y la desafiliación. La dimensión personal o vital se centra en las cualidades del sujeto e implica la precariedad cultural que se pone de manifiesto por la ruptura de la comunicación, la debilidad de las expectativas y la erosión de la confianza, la identidad y la reciprocidad. (Asociación Realidades y Fundación RAIS, 2007).

En este sentido, podemos destacar la importancia del capital social de las personas, quienes interrelacionan en la vida cotidiana con otros sujetos de su entorno, generando solidaridad y configurando una red de recursos sociales. La ausencia de este tipo de redes (o su inactividad), y por tanto de capital social, implica el aislamiento social como forma de exclusión.

Los primeros estudios sobre el capital social pusieron de manifiesto su importancia para el desarrollo de las comunidades y de las personas que las componen. (Flores y Rello, 2003). Todas las personas tienen capital social y lo usan en sus estrategias para la satisfacción de necesidades económicas, sociales y emocionales. Sin embargo, el capital social, al igual que el resto de formas de capital, no está distribuido de igual forma en nuestra sociedad, por lo que no todos los grupos sociales, y por ende, las personas que

los constituyen, tienen la misma dotación del mismo, ni acceden a sus beneficios (Atria, 2003). Para algunos esta falta de capital social es una de las causas de la pobreza persistente (Robison, et. al., 2003). Aquellas personas que por su situación de pobreza o exclusión social se encuentran aisladas y con sus vínculos sociales rotos, están en una posición enormemente vulnerable: por un lado carecen de información sobre oportunidades de mejora y, por otro, no disponen de contactos que les aproximen a redes ricas en capital social.

Según el tipo de capital social que tomemos, encontraremos diferentes estrategias de superación de la pobreza<sup>1</sup> (Bebbington, 2005). El capital social de unión permite la supervivencia, facilita el acceso a distintas formas de reciprocidad, a obtener apoyo en momentos críticos, e incluso a compartir recursos. Por otro lado, los capitales sociales de puente y escalera ofrecen la posibilidad de acceder a recursos que se encuentran fuera de la localidad y que suelen ser recursos de otro nivel, dando la posibilidad de acumular activos.

Algunas investigaciones desarrolladas en países de Latinoamérica en el ámbito de la salud y de la educación han destacado la posibilidad de vincular el capital social con las políticas públicas destinadas a reducir la pobreza, concluyendo que éstas deberían ampliar su mirada y sus contenidos dada la vulnerabilidad de los grupos a los que se dirigen, potenciando el desarrollo del capital social, a la vez que se estimulan otros aspectos como la educación. Asimismo, deberían impulsar el asociacionismo de los grupos “indigentes” mediante acciones cooperativas, creando condiciones y mecanismos para potenciar su liderazgo y su empoderamiento (Atria, 2003). Durston (2003, p.186) propone que el Estado tome un papel más activo, “incubando a las

---

<sup>1</sup>Tomando la clasificación de capital social de Woolcock

organizaciones embrionarias en sus primeros años, resguardándolas de las acciones de actores locales dominantes por debilitarlas”.

El capital social ya es utilizado en diferentes programas de desarrollo con diferentes resultados positivos tales como la ampliación de las redes de los pobres, la mejora de su acceso a los recursos en condiciones favorables, el aumento del valor afectivo atribuido a determinados lugares, la creación de capital social de vinculación y aproximación al conectar a personas de diversos orígenes, el incremento de las inversiones en bienes públicos y el cambio de las instituciones en beneficio de los pobres (Robison, 2003).

Sin embargo, la aplicación del concepto de capital social en contextos de extrema pobreza presenta cierta complejidad por varias razones (González de la Rocha, 2005). En primer lugar, se presupone que las condiciones de pobreza se deben a la carencia individual de capital social y se relega a un segundo plano las condiciones estructurales y sociales que causan y reproducen la pobreza, lo que puede implicar un repliegue de las agendas políticas. En segundo lugar, hay que tener en cuenta que cuanto más integrada está una persona en una red de relaciones, más obligaciones tiene, difíciles de cumplir por parte de las personas en situaciones de pobreza o exclusión. La capacidad para establecer relaciones sociales y participar de los recursos que circulan en las redes aumenta cuando las condiciones materiales de las personas les permiten invertir tiempo y otros recursos en las redes sociales.

Robison, Siles y Schmid, (2003, p.93) plantean algunas políticas que pueden llevarse a cabo desde el paradigma del capital social para la reducción de la pobreza. Para que las personas pobres puedan adquirir capital social es fundamental que tengan la oportunidad de ser escuchados y de hacer valer sus opiniones, informando de su situación y de sus necesidades. Una vez identificada la falta de capital social como

causa de la pobreza de algunos grupos, se plantean algunas formas de incrementar sus recursos de capital social como son la enseñanza pública y de adultos, la participación, la transferencia tecnológica, la formación de líderes, la activación del capital social latente en las comunidades, el uso más intenso de las redes existentes, el empoderamiento de las redes locales y el aprovechamiento y fortalecimiento de las redes familiares.

Sin embargo, no siempre es fácil llevar a cabo todo este tipo de programas y estrategias de acción (Duston, 2005), pues en ocasiones se dan una serie de dificultades para que el sector público trabaje con una óptica de capital social que tienen que ver con los diferentes tiempos del sector público y de las comunidades, la cultura tecnocrática de algunos programas públicos, la falta de adaptación de los programas a la idiosincrasia de las comunidades y su visión de la pobreza como algo más personal que estructural.

### **3. Trabajo Social y Capital Social.**

En Trabajo Social la preocupación por las relaciones sociales es una constante en el ámbito de la intervención profesional. Estimular y recrear las relaciones personales y sociales constituye una estrategia central para recuperar y reconfigurar los procesos vitales de las personas en situación desventaja, pobreza o exclusión social. La idea del capital social desde el establecimiento de confianza, la génesis de redes y el desarrollo de normas de reciprocidad ocupan un lugar primordial en las teorías de intervención de la profesión que muchas veces se concibe bajo el título de intervención en redes.

La profesión de Trabajo Social desde sus orígenes ha tenido presente la influencia que ejercían las relaciones sociales en los procesos de inclusión de las personas. El hecho de crecer en relación con los demás seres humanos es algo fundamental para el desarrollo

de las personas y cuando esto no se da correctamente, los individuos se vuelven socialmente incompetentes (Howe, 1997). Por tanto, el Trabajo Social se ha preocupado tradicionalmente por las situaciones sociales por las que pasan las personas, familias, grupos o colectividades, y mediante sus distintas intervenciones, ha tratado de rehacer sus relaciones sociales, desarrollando nuevos lazos, fomentando la cohesión comunitaria, y mejorando sus condiciones de vida y de inserción social (Barbero, 2002).

La intervención social desarrollada desde cualquiera de sus niveles (individual, grupal o comunitario), se ha centrado en muchas ocasiones en mantener, recuperar o regenerar los vínculos familiares, vecinales o amicales de los individuos, ayudándoles a tejer una red de capital social más amplia y enriquecedora, tal y como se expone a continuación.

Si nos remontamos a los primeros protagonistas de la profesión de Trabajo Social, comprobaremos la importancia que otorgaban a la participación, la confianza y la relación con los individuos. Octavia Hill, en sus primeras vinculaciones teóricas recogía entre sus principios la importancia del trato entre las personas (Escartín, 1997). Mary Richmond, una de las figuras más reconocidas del Trabajo Social de principios del siglo XX por sus aportaciones a la sistematización de la práctica y la configuración del método de Trabajo Social de Caso o Casework, mostró un enorme interés por las relaciones sociales y su influencia en las situaciones personales y colectivas. Consideraba que la dependencia mutua de las personas era un aspecto de gran relevancia para la intervención desde el Trabajo Social con casos, cuya función primordial consistía en descubrir y mantener la mejor relación social posible con el individuo (Soydan, 2004). Asimismo, Mary Richmond consideraba como uno de los objetivos de la intervención el ajuste de las personas a su entorno social, partiendo de sus interacciones.

La configuración primigenia del “casework” como método de intervención de la profesión, estaba profundamente influida por la psicología y la psiquiatría. Sin embargo, las crisis económicas, políticas y sociales de la primera mitad del siglo XX favorecieron el incremento de desestructuraciones familiares e individuales y facilitaron el surgimiento de un creciente interés por abordar las necesidades individuales desde una perspectiva relacional, teniendo siempre presente la influencia que tenían sobre las personas los factores sociales, económicos y culturales. Por ello el interés del Trabajo Social no era sólo el cliente, sino su relación con su familia y su comunidad. (Escartín, 1997). A nivel familiar, el trabajador social, utilizando su conocimiento del medio, intervendría para potenciar el surgimiento de redes sociales naturales de apoyo que beneficiaran a la familia.

En relación a la intervención grupal y comunitaria, uno de los antecedentes más importantes es el Movimiento del Asentamiento fundado a finales del siglo XIX, en los suburbios del este de Londres, por el matrimonio Barnett, Samuel y Henrietta. Este movimiento tenía como objetivo promover la relación y la comunicación entre las diferentes clases sociales y revivir el humanismo, juntando personas acomodadas con las más desfavorecidas. De esta forma, jóvenes graduados de Oxford y Cambridge convivían con los desheredados de la parroquia, ejerciendo su influencia personal para tratar de elevarlos, material, cultural y moralmente (Moix, 1991).

Esta experiencia tuvo gran repercusión y se trasladó a los Estados Unidos de la mano de Jane Addams, quien en 1889 fundó el mayor asentamiento y de mayor duración en América, el Hull House. Su propósito era, según sus palabras, “ayudar en las soluciones de la vida de una gran ciudad, para ayudar a nuestros vecinos a construir una vida

responsable y autosuficiente para ellos y sus familias”<sup>2</sup>. La práctica de “vecinos ayudando a vecinos”, se convirtió en la piedra angular de la filosofía del Hull House, donde se consideraba que si a las personas se les permitía desarrollar sus habilidades y acceder a las oportunidades mejorarían sus vidas y las de toda la comunidad.

En el desarrollo del Trabajo Social se ha destacado la importancia de poner a las personas en contacto con otras para generar una red de apoyo que favorezca el intercambio de beneficios. En este sentido, Cristina de Robertis (1992), pone de manifiesto que una de las intervenciones que los trabajadores sociales desarrollan en su actividad profesional va dirigida a ampliar el horizonte relacional de las personas favoreciendo su acceso a experiencias enriquecedoras. A este tipo de intervenciones Robertis las denomina “Poner en relación-crear nuevas oportunidades”, y en ellas el trabajador social toma un rol facilitador, estimulando y motivando a las personas para que participen de nuevas formas de vida social.

Es importante resaltar el enorme interés que ha manifestado el Trabajo Social en los últimos treinta años por el análisis de redes sociales. El concepto de red social empezó a desarrollarse en los años setenta y se ha ido enriqueciendo mediante el modelo sistémico y el ecológico, aludiendo a las relaciones sociales que tiene una persona. Se trata de resolver los problemas sociales a través de nuevas relaciones entre los interlocutores (Robertis, 2003,), “por lo que no es posible pensar al Trabajo Social como una disciplina que no tenga como parte de su accionar las Redes Sociales” (Chadi, 2000, p.73)

---

<sup>2</sup> “Aid in the solutions of life in a great city, to help our neighbors build responsible, self-sufficient lives for themselves and their families.” <http://www.hullhouse.org/aboutus/history.html>

Al hablar de red social nos referimos al “entretejido formado por las relaciones sociales que, en los diferentes ámbitos de vida, y con diferente grado de significatividad, vinculan a un sujeto con otros” (Navarro, 2004, p.47). Esta red está en permanente construcción a lo largo del ciclo vital y tiene importantes efectos en el bienestar de las personas.

El concepto de red, en su aproximación desde el Trabajo Social, está íntimamente vinculado con el de apoyo social, que se entiende como la ayuda recibida (o intercambiada) de redes sociales sean éstas informales (familiares o amicales) o formales (profesionales de la salud, trabajadores sociales, etc.), incrementando la ayuda del receptor (Federico de la Rúa, 2008). Dicha ayuda puede ser emocional, informacional o material, aunque en la mayor parte de las ocasiones se presente de forma combinada. El apoyo social es una de las principales funciones de las redes sociales.

En la búsqueda de apoyo social las personas acudimos primeramente a la red natural (familia, amigos, vecinos, etc.), donde tenemos relaciones de confianza, estima y reciprocidad. Y suele ser cuando estas redes fallan cuando nos acercamos a las organizaciones de ayuda informal (organizaciones voluntarias y grupos cívicos y solidarios) o bien a los servicios de ayuda formal (servicios y organizaciones profesionales de ayuda), donde las relaciones se basan en la autoridad y son unidireccionales.

Las personas que se encuentran en situaciones de pobreza y/o exclusión social, frecuentemente han sufrido una pérdida de las redes sociales de apoyo que incide en su autoestima y bienestar, dificultando la salida de las crisis. La red social contribuye a la eliminación del aislamiento favoreciendo la integración social, siendo el marco en el

que las personas pueden acceder al apoyo social. Sin embargo, quienes más necesitan el apoyo social suelen ser quienes más dificultades presentan para acceder a él. Desde el Trabajo Social es importante conocer cómo las comunidades proveen a las personas que viven en ellas mecanismos para afrontar sus dificultades (Navarro, 2004).

En la intervención social, la incorporación del concepto de red social permite ir más allá de la mirada individualista de las relaciones, considerando que las personas forman parte de grupos, más o menos, organizados, donde pueden compartir e intercambiar sus experiencias (Navarro, 2004). Un trabajador social debe tener una mirada abierta hacia el ser humano y su interrelación en sus grupos de pertenencia, que pueden ser causa o solución de sus problemas (Chadi, 2000).

Sin embargo, la metodología del trabajo en red no se limita a verificar cuáles son los “recursos de la comunidad”, sino a potenciar las vías de contacto entre los miembros de una red, favoreciendo sus conexiones. En ocasiones las intervenciones que se realizan desde el Trabajo Social deben ir dirigidas al fortalecimiento de la red social de las personas, tratando de ampliar su entramado con relaciones informales, formales o profesionales (Federico de la Rúa, 2008). Para ello es necesario explorar los lazos existentes, valorando cuáles están activos y cuáles es necesario reforzar o activar.

### **3.1. La mirada de los trabajadores sociales en activo.**

Desde el proyecto del Plan Nacional I+D “Capital social y capital simbólico como factores de empoderamiento en los itinerarios de inclusión social” se realizó una encuesta a los profesionales de 502 entidades de acción social, públicas y privadas, localizadas en la Comunidad de Madrid, de los cuales el 57% eran diplomados en Trabajo Social. En dicha encuesta se les pedía su opinión, entre otros aspectos, sobre

variables de exclusión e inclusión social y sobre su visión sobre la importancia del capital social en los procesos de inclusión/exclusión social.

Los resultados obtenidos reflejan la relación entre el capital social y los procesos de exclusión/inclusión social. En primer lugar, los trabajadores sociales encuestados opinan que aspectos vinculados con el capital social como los conflictos familiares y la escasez de relaciones personales, tienen una marcada relevancia en el origen multicausal de la exclusión social<sup>3</sup>. El proceso de exclusión social afecta de manera central a las relaciones personales, suponiendo una pérdida continua de contactos a lo largo del proceso. Estas pérdidas afectan a la capacidad de las personas para establecer en el futuro nuevas relaciones personales y de amistad. La recuperación y recreación de vínculos personales y sociales y de las habilidades de relación y comunicación se convierte en una estrategia fundamental para eliminar el aislamiento y reconfigurar los procesos vitales de las personas en situación de exclusión social.

En segundo lugar, los trabajadores sociales, opinan que el hecho de contar con una familia estable y con amigos a en los que confiar, son aspectos que promueven la salida de las situaciones de exclusión social. Aunque con un menor consenso, también es destacable que el 50% de los trabajadores sociales encuestados considera la pertenencia a una asociación u organización importante para estimular en las personas un cambio hacia la inclusión. Estos aspectos no sólo son considerados de importancia por los trabajadores sociales sino que son puestos en práctica por las entidades en las que desarrollan su labor profesional.

A pesar de la importancia del capital social en los procesos de inclusión constatada por los profesionales, no todas las personas tienen igual acceso a sus beneficios. Las

---

<sup>3</sup> Estos no son los únicos aspectos valorados, otras cuestiones de carácter personal y estructural tienen también relevancia para los sujetos encuestados.

personas pobres o excluidas suelen mantenerse atrapadas en redes pobres y de escasa valoración lo que les impide vincularse a redes ricas en capital social. La participación en este tipo de redes no resulta sencilla, puesto que en ocasiones las propias comunidades establecen normas discriminatorias y excluyentes para impedir que ciertos perfiles personales puedan formar parte de una red determinada y manteniendo el status quo. Por ello es interesante cuestionarse sobre cómo generar capital social.

Uno de los elementos que generan capital social son las relaciones de parentesco. Esto tiene un claro reflejo en las intervenciones de los profesionales dirigidas a recuperar o regenerar las relaciones familiares. Para la gran mayoría de los trabajadores sociales de nuestro estudio (93,6%), la participación de las personas de confianza, familiares y allegados, de los sujetos en situación de exclusión social es un elemento decisivo para la intervención, que no pone en tela de juicio la confidencialidad del proceso (92,4%). Los familiares y amigos suelen participar con la intención de ayudar, aunque puede que sean las propias personas implicadas las que prefieran no incorporarles en la intervención para sentirse más libres y menos presionados.

Otro de los elementos que crean capital social son las organizaciones no lucrativas que benefician a sus miembros y los conectan con otras redes de capital social, mediante los contactos que se establecen entre entidades. En este sentido resulta de enorme interés estimular el asociacionismo de las personas y los grupos más desfavorecidos, creando condiciones y mecanismos para potenciar su liderazgo y su empoderamiento. Es importante resaltar que este tipo de organizaciones (según el 70,6% de los trabajadores sociales encuestados) generan una gran confianza en las personas en situación de exclusión social.

En este sentido, los datos de nuestro estudio apoyan la creencia en la necesidad de fomentar, desde la intervención social, la participación en grupos de las personas en situación de exclusión social. Esta participación es posible, aunque una de las principales dificultades detectadas es la falta de información que las personas en situación de exclusión social tienen a su disposición sobre este tipo de grupos. Algunos de los obstáculos señalados por los encuestados para poder realizar esta participación grupal tienen que ver, más con las características de los grupos que con las personas en situación de exclusión social: su falta de apertura, las dificultades que plantean para incorporar a este tipo de personas entre sus integrantes, su tipo de organización y funcionamiento que no siempre facilita la participación y sus fines y actividades que en muchas ocasiones no concuerdan con las necesidades de estas personas. Por otro lado también hay que considerar que, en ocasiones son las personas excluidas las que consideran inútil participar en estas experiencias grupales y suelen hacerlo siempre y cuando conozcan personas que ya estén implicadas en ellas. Según los encuestados, los grupos en los que resulta más factible que las personas en situación de exclusión social participen, son los grupos de autoayuda y grupos de ocio y tiempo libre.

En síntesis, en el presente trabajo hemos podido constatar que el capital social es una pieza clave para el análisis y la comprensión de los procesos de exclusión social y empobrecimiento de las comunidades, proporcionando una mirada esperanzadora de las relaciones humanas y sociales como motores de la lucha contra la exclusión social y del reconocimiento de la dignidad de todas las personas.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Asociación Realidades y Fundación RAIS (2007). *Construyendo Relaciones. Intervención Psicosocial con personas sin hogar*. Madrid: Asociación Realidades y Fundación RAIS.

Atria, R. (2003). Capital social: Concepto, dimensiones y estrategias para su desarrollo. En Atria, R. & Siles, M. *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y Caribe: En busca de un nuevo paradigma*. (pp. 581-590). Chile: CEPAL

Barbero, J.M. (2002). *El Trabajo Social en España*. Zaragoza: Mira Editores.

Bebbington, A. (2005). Estrategias de Vida y estrategias de intervención: el capital social y los programas de superación de la pobreza. En Arriagada, I. *Aprender de la experiencia. El capital social en la superación de la pobreza*. (Pp. 21 – 46). Chile: CEPAL

Bourdieu, P. (2001) El capital social. Apuntes provisionales. *Zona Abierta* 94/95: 83-87

Burt, R. (1992). *Structural Holes. The Social Structure of Competition*. Cambridge: Harvard UP

Chadi, M. (2000). *Redes Sociales en el Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio.

Coleman, J. (1990) *Foundation of Social Theory*. Massachusetts: First Harvard University Press.

Coleman, J. (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology* 94: 95-120

Durston, J. (2005). Superación de la pobreza, capital social y clientelismos sociales. En Arriagada, I. *Aprender de la Experiencia. El Capital social en la superación de la pobreza*. (Pp. 47-57). Santiago de Chile: CEPAL.

Durston, J. (2003). Capital social: parte del problema, parte de la solución, su papel en la persistencia y en la superación de la pobreza en América Latina y el Caribe. En Atria, R. & Siles, M. *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y Caribe: En busca de un nuevo paradigma.*(Pp. 147-202) Chile: CEPAL

Escartín, M.J. (1997). *Introducción al Trabajo Social II. Trabajo Social con individuos y familias.* Alicante: Aguaclara

Federico de la Rúa, A. (2008). Análisis de Redes Sociales y Trabajo Social. En *Revista Portularia*, Vol VIII , 1: 9-21

Flores, M.; Rello, F. (2003). Capital social: virtudes y limitaciones. En Atria, R. & Siles, M. *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y Caribe: En busca de un nuevo paradigma.* (Pp. 203-243). Chile: CEPAL

Fukuyama, F. (2003). Capital social y desarrollo: la agenda venidera. En Atria, R. & Siles, M. *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y Caribe: En busca de un nuevo paradigma.* (Pp. 33-48). Chile: CEPAL

García Roca, J. (1995). *Contra la exclusión. Responsabilidad política e iniciativa social.* Bilbao: Sal Terrae.

González de la Rocha, M. (2005). México: Oportunidades y Capital Social. En Arriagada, I. (Ed.). *Aprender de la Experiencia. El Capital social en la superación de la pobreza.* Santiago de Chile: CEPAL.

Howe, D. (1997). *La teoría del vínculo afectivo para la práctica del trabajo social.* Barcelona: Paidós.

Moix Martínez, M. (1991). *Introducción al Trabajo Social.* Madrid: Tivium.

- Navarro, S. (2004). *Redes Sociales y Construcción Comunitaria*. Madrid: CCS
- Noya, J.; Rodríguez Caamaño, M; Romero Ramos, H. (2008). *Sociedad del Conocimiento y capital social en España*. Madrid, Tecnos.
- Pérez García, F (dir) (2005). *La medición del capital social: una aproximación económica*. Madrid: Fundación BBVA.
- Putnam, R. (2002). *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Putnam, R. (1993a). *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Robertis, C. (2003). *Fundamentos del Trabajo Social. Ética y Metodología*. Valencia: Nau Llibres.
- Robertis, C. (1991). *Metodología de la Intervención en Trabajo Social*. Barcelona: El Ateneo.
- Robison, L.; Siles, M.; Schmid, A. (2003). El capital social y la reducción de la pobreza: Hacia un paradigma maduro. (Pp 51-113). En Atria, R. & Siles, M. *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y Caribe: En busca de un nuevo paradigma*. Chile: CEPAL
- Soydan, H. (2004). *La historia de las ideas en el Trabajo Social*. Valencia: Tirant Lo Blanch
- Woolcock, M. & Narayan, D. (2000). Social Capital implications for development theory, research and policy. *World Bank Research Observer*, vol. 15, n°2: 225-249